

*Pamplona ocho de julio.*

Era primera hora de la mañana. Miró a través de la ventana y maldijo el clima de Pamplona : una lluvia inconstante se hacía notar en pleno ocho de julio. Desde su despacho podía ver la calle y cómo la gente se iba incorporando al trabajo cargando la resaca festiva de día anterior. (...)

Uriza cerró el abanico de periódicos, no sin antes echar un vistazo a la sección de deportes por ver si el Osasuna contaba con algún nuevo fichaje. Desencantado con el fútbol descolgó el teléfono.

- ¿Goñi? Buenos días – dijo Uriza sabiendo que a Goñi le molestaban las normas elementales de educación.

Un gruñido sonó al otro lado de la línea.

- ¿Tienes ya algo sobre Lucio Maestre?

- Todo.

- ¿Y?

- ¿Y qué?

- Joder, Goñi, no me jodas. Llevo un par de días esperando esos resultados y necesito que me orienten en alguna dirección porque ahora mismo estamos absolutamente perdidos.

Las protestas de Uriza no intimidaron un ápice a Goñi, que se mantuvo tan frío como los difuntos que inspeccionaba.

- ¿Te lo paso por fax o te lo cuento por teléfono?

La paciencia de Uriza empezó a dar síntomas de debilidad. Sin embargo, algo notó en la gélida voz de Goñi que le hizo pensar que tenía suculentas noticias que ofrecerle. Quizás estuviera jugando a hacerse el interesante. Se rindió y puso tono de súplica.

- Goñi, por Dios, no me jodas.

- Te lo envío por fax para que lo mires en detalle. Y al teléfono te digo que murió sobre las siete de la madrugada, que la causa obvia de la muerte fue el alojamiento de dos hermosas balas de calibre 23 en zona anterior parietal y frontal, las cuales, por cierto, ya están siendo analizadas en balística, que tenía un hígado formidable y un corazón que le hubiera aguantado sin problemas hasta los ochenta. (...)

Eran las doce y media y ya podía darse por almorzado. La comisaría estaba cerca de dos kilómetros, pero le gustaba caminar, más aún cuando tenía que ordenar datos o hacer esquemas mentales sobre la situación de los casos. A lo lejos, alzada sobre la llanura pamplonesa podía observar la torre de la catedral circundada por los tonos ocres de los tejados del casco viejo. Imaginaba el bullicio, las peñas con sus charangas por el laberinto de las calles, animando a la gente y convidándose unos a otros al enésimo trago. Los australianos beodos, saltando desde lo alto de la fuente y partiéndose la crisma en la plaza de Navarrería. Los abuelos de blanco immaculado y con jersey rojo al hombro, “por si refresca” , cargando en espaldas y carros a sus asombrados nietos, todavía impactados por la emoción de haber visto a los cabezudos y a los Kilikis. Sí, allí estaba la fiesta, la que irremediablemente esperaba cada año desde que siendo un adolescente lo trajeron interno a Pamplona, y junto con otros compañeros burlaba la vigilancia del colegio en la madrugada para acercarse a los toros en sus corrales. Los mismos toros que unas horas después, ya él durmiendo en el internado, remontaban la cuesta de Santo Domingo guiados por los mozos en busca de una plaza donde a la tarde encontrarían la muerte. Aquellos animales enormes de su adolescencia, tres veces negros: en sus ojos, en su piel y en la noche.(...)

*Once de julio*

Los Kilikis, una especie de cabezudos que todos los niños de Pamplona tenían y adoraban por igual. Allí estaban los seis: Caravinagre, un señor feo y con muy malas pulgas; el Verrugas, que como su nombre indicaba tenía la cara plagada de enormes granos; Patata, redondo y simplón; y además Napoleón, el Barbas y el Coletas, todos juntos abrían paso a la comparsa de gigantes y cabezudos que cada mañana, durante los sanfermines, tomaba el centro de Pamplona para que abuelos y padres disfrutaran viendo el asombro dibujado en las caras de sus pequeños. “Kiliki-ki, kiliki-ki, con el palo no, con la verga sí” cantaban los críos mientras esquivaban los cariñosos porrazos que Caravinagre y sus compinches repartían a diestra y siniestra, armados con unas vejigas infladas de aire.

Tan sólo una vez cargó Uriza con su hija a hombros para ver a los Kilikis. La tradición aconsejaba que los niños que habían abandonado recientemente su condición de mamoncetes se acercaran el último día de San Fermín a la antigua estación de autobuses, donde los Kilikis se encerraban hasta el año próximo, para entregarles sus viejos chupetes, y demostrar así a Caravinagre y a los suyos que ya no eran tan “txiquis”. Cuando la hija de Uriza tuvo frente a sí al Verrugas, que le tendía la mano para recogerle el chupete, sufrió un ataque de pavor tan grande como su edad permitía, y lloró con desconsuelo hasta que se vio nuevamente en casa, en su cuna y con su chupete en la boca. Ahí se acabó la relación de su hija con los Kilikis. “Hasta para eso fue una niña rara” pensaba el comisario.